



### CAPITULO XIII

#### Los progresos de una epidemia

Una epidemia moral es por lo menos tan difícil de contener como una epidemia física; una enfermedad de este género se extiende con la misma rapidez que la peste, y cuando el contagio hace algunos progresos, no perdona ni profesión ni jerarquías; apodérase de los que gozan de salud robusta, y se desarrolla en temperamentos que parecían estar al abrigo de sus ataques. Estos son hechos demostrados por la experiencia, tan claramente como se demuestra que el hombre necesita aire para vivir. El mayor beneficio que se pudiera prestar á la humanidad sería librarla (no quiero decir suprimirlos sin más formación de causa,) de los seres gangrenados, cuya debilidad ó perversidad propaga tan terribles calamidades.

Los ecos repetían el nombre de Merdle, nombre que salía de todas las bocas y entraba en todos los oídos; no había existido nunca, ni podía existir un hombre como el célebre banquero; ignorábase lo que había hecho para merecer tanta

fama, pero se sabía que era el personaje más ilustre del mundo.

Los vecinos del Patio del Corazón Sangriento, pobre gente que nunca tenía un cuarto, interesábanse también por el señor Merdle tanto como los bolsistas. La señora Plornish, dueña ahora de una tienda de comestibles situada en el mejor punto del patio, y en el cual prestaban sus servicios Maggy y el anciano Naudy, no hablaba á sus parroquianos más que del señor Merdle; Plornish el albañil creía que el famoso banquero era el único hombre capaz de labrar la felicidad de todos; y hasta decíase que Juan Bautista Cavalletto tenía intención de colocar en el Banco maravilloso los ahorros que la frugalidad de sus costumbres le permitía hacer.

La fiebre del entusiasmo que inspiraba el gran capitalista había dominado de tal modo á los inquilinos del Patio, que ni aun las visitas de Pancks, cuando iba á cobrar sus alquileres semanales, bastaban para calmar á los que estaban poseídos de ella; hasta encontraban consuelos y excusas sólo evocando el nombre mágico de Merdle.

—Vamos—decía Pancks á un moroso,—pague usted y acabemos de una vez.

—No tengo dinero, señor Pancks—contestaba el otro,—le aseguro que no hay en casa ni un cuarto.

—Pues no podemos seguir así; ya comprenderá usted que con esa moneda no se paga.

El deudor reconocía que Pancks tenía razón.

—Ya comprenderá usted que mi propietario no se contenta con buenas palabras y que no me envía aquí para recibir excusas. ¡Vamos, pague usted!

—¡Ah! señor Pancks—contestaba el moroso,—si yo fuera tan rico como ese caballero de quien todo el mundo habla... si yo me llamase Merdle, bien pronto le pagaría.

¿Qué contestar á esto? A todos los vecinos les parecía que el argumento era irrefutable; de modo que Pancks se veía precisado á tomar nota del deudor, diciéndole:

—Vamos, ya vendrá el alguacil para echarle fuera; inútil es que me hable del señor Merdle, porque usted no es un Merdle ni yo tampoco.

Un día de cobranza, después de girar su visita de costumbre á las casas de los inquilinos, Pancks se dirigió, con su cartera debajo del brazo, al domicilio de la señora Plornish, no con objeto interesado, sino para hacer una visita de cumplido. Entonces mantenía relaciones muy amistosas con aque-

lla buena gente, é iba á menudo á la casa para descansar un poco y hablar de la niña Dórrit.

La trastienda de la señora Plornish había sido decorada bajo su propia dirección; había embellecido la salita con una pintura al fresco que representaba el extremo de una cabaña, en cuya puerta el artista había figurado un arco de flores; un perro guardaba la entrada; de la chimenea escapábase una espesa columna de humo; y de un palomar salían numerosas palomas que iban á reunirse con otras en el espacio: todo este conjunto, pintado con vivos colores, parecía regocijarse en extremo á la señora Plornish. En la puerta habían imitado una placa de cobre con la siguiente inscripción:

#### LA CABAÑA FELIZ

T. V. M. PLORNISH

Las dos iniciales significaban la razón social representada por los esposos Plornish.

Advertida por un campanillazo de la llegada de algún visitante, la buena mujer se alejó de su cabaña feliz para ver quién era.

—¡Hola!—exclamó al abrir la puerta;—ya me figuraba que sería usted, recordando que es el día de cobranza. Aquí tiene usted á mi padre, más avispado que nunca, y que me distrae con las bonitas canciones que sabe. ¡Ah! mi marido le dijo el otro día que era un ruiseñor. ¿Qué le parece á usted?

Pancks saludó al anciano con una especie de resoplido amistoso, é invitado por la señora Plornish pasó al saloncillo de la cabaña.

—¿Y cómo vamos de negocios, señora Plornish?—preguntó Pancks.

—Bastante bien, no tengo motivo de queja—repuso la mujer.

Y volviéndose al anciano Naudy añadió:

—Querido padre, ya que tiene tanta práctica, hágame el favor de ir á dar cuerda al reloj antes de tomar el té.

La señora Plornish se había valido de este pretexto para alejar á su padre, porque no quería tratar delante de él la cuestión pecuniaria, temerosa de que el anciano pudiera creerse una carga y se volviese al hospicio; pero cuando no temió ser oída, añadió:

—Es verdad que el comercio marcha, señor Pancks, pues

tenemos una numerosa clientela; pero el crédito nos perjudica.

Este inconveniente económico, del que se quejaban todos cuantos tenían relaciones mercantiles con los vecinos del Patio del Corazón Sangriento, era verdaderamente un grave obstáculo para la prosperidad del comercio de la señora Plornish. Desde que el señor Dórrit proporcionó á la buena mujer los recursos necesarios para abrir su tienda, todos los vecinos de la familia prometieron favorecerla con su parroquia; pero como casi siempre compraban al fiado, de aquí resultó que las mercancías almacenadas desaparecieran con suma rapidez, sin que por eso floreciera el comercio de la señora Plornish, no figurando como figuraban aun en los libros de la casa los beneficios realizados.

Pancks escuchaba con la mayor atención, pasándose la mano por el cabello, según su costumbre, cuando el anciano Naudy, entrando de repente con aire misterioso, les indicó que se acercasen á la ventana para observar los extraños visajes de Juan Bautista, el cual parecía haber encontrado algo que le atemorizase. Todos tres pasaron á la tienda al punto, y vieron efectivamente á Bautista, pálido y agitado, ejecutar varias evoluciones bastante singulares. Primeramente observaron que se ocultaba junto á la escalerilla que conducía al patio, mirando la calle á derecha é izquierda, con la cabeza pegada á la puerta del almacén; después salió de su escondite, para avanzar por la calle resueltamente; luego se le vió bajar otra vez, mirando siempre á todos lados, y al fin se perdió de vista. Al cabo de poco tiempo presentóse en lo alto de la escalera; era evidente que había hecho un rodeo para introducirse en el patio por el lado donde estaba la fábrica de Doyce y Clennam, la cual atravesaría para llegar al sitio donde se hallaba en aquel instante. Un momento después entró en la tienda, al parecer muy agitado, como hombre que ha corrido mucho.

—¡Hola! camarada—exclamó Pancks,—¿qué hay de nuevo, *altro?* ¿Qué ocurre?

Juan Bautista Cavalletto comprendía ya el inglés tan bien como el mismo Pancks, y no le hablaba mal; pero la señora Plornish, que tenía empeño en lucir sus facultades de políglota, quiso servir de intérprete.

—El señor preguntar—dijo la mujer del albañil,—lo que tener usted.

—Entremos en la cabaña feliz, «padrona»—contestó Cavalletto con aire misterioso.

La señora Plornish se envanecía mucho con aquel título de «padrona», que en su concepto significaba «maestra de lengua italiana», más bien que ama de casa: accedió gustosa al deseo de Bautista, y todos fueron á la cabaña feliz.

—El señor Pancks supone que usted está espantado—dijo la intérprete,—traduciendo de un modo distinto las palabras del oyente, pues improvisaba las variantes con suma facilidad. ¿Qué haber sucedido á usted?

—He visto á cierto individuo—contestó Bautista,—le he «rincontrato.»

—¿A quién?

—Un hombre muy malo, un hombre perverso á quien no esperaba ver ya nunca.

—¿Cómo saber usted que él ser malo?—preguntó la intérprete.

—Eso no importa, «padrona;» lo sé y basta.

—¿Haber él visto á usted?

—Espero que no; no lo creo.

—¿Y por qué usted esperar que él no haberle visto?

—Apreciable «padrona»—replicó Bautista,—le ruego á usted que no me haga esa pregunta. Bástele saber que temo á ese hombre; que deseo no verle y que no me reconozca nunca. Ya he dicho lo suficiente, y por lo tanto, no hablemos más del asunto.

Esta conversación desagradaba de tal modo á Cavalletto, que la señora Plornish no insistió, tanto más cuanto que el agua para el té hervía ya hacía tiempo; pero aunque se abstuviese de hacer nuevas preguntas á su huésped (Cavalletto había alquilado una habitación á la familia Plornish,) no por eso dejó de preocuparle el incidente. En cuanto á Pancks, manifestaba su sorpresa con varios resoplidos; mientras que Maggy, mejor vestida que otras veces, miraba á todos con expresión embobada. Bautista empezó á serenarse poco á poco, pero no se movió de su asiento junto á la ventana, aunque no era este su sitio acostumbrado; y cada vez que sonaba la campanilla, levantábase para mirar fuera, ocultándose en parte el rostro con la cortina. Harto se comprendía que no estaba seguro de que no le hubiera seguido el hombre cuyo encuentro trataba de evitar.

Entre tanto, el socio de Daniel Doyce, que había permanecido  
Tomo II.—9

cido en su despacho más tiempo que de costumbre, porque perdía muchas horas en el ministerio de Circunlocuciones, estaba triste y pensaba con inquietud en el incidente ocurrido en casa de su madre; mas á pesar de su desazón, al dirigirse á casa, después de acabar el trabajo, separóse un poco de su camino para anunciar á la familia Plornish que había recibido una segunda carta de la niña Dórrit.

La sensación producida por esta noticia bastó para que se dejase de fijar la atención en Cavalletto. Maggy, que se adelantó al punto para escuchar ávidamente todo cuanto se dijera sobre su madrecita, quedó encantada cuando Clennam le aseguró que en Roma había hospitales donde se cuidaba muy bien á los enfermos. Pancks ganó mucho en el aprecio de todos por el recuerdo especial con que le honraba en su carta la señorita Dórrit; y al ver á todo el mundo contento, Clennam se creyó suficientemente recompensado de la molestia que se acababa de tomar.

—Parece que está usted muy cansado—dijo la señora Plornish,—y voy á tomarme la libertad de ofrecerle una taza de té, si usted se digna aceptarla. Ante todo le damos las más repetidas gracias por haber tenido la bondad de pensar en nosotros.

Arturo contestó que le halagaba tan lisonjera acogida; y que en cuanto al té, no lo aceptaba porque aun no había comido. Como Pancks se disponía á despedirse, Clennam le preguntó si tendría la bondad de acompañarle un rato; el agente dijo que tendría en ello el mayor gusto; y los dos visitantes salieron juntos de la cabaña feliz.

—Si quisiera usted llevar su bondad hasta el punto de acompañarme á casa y compartir conmigo mi modesta comida—dijo Clennam á Pancks cuando estuvieron en la calle,—sería casi un acto de caridad, porque estoy aburrido, y hasta un poco trastornado.

—Con mucho gusto—contestó el agente;—lo único que siento es que no haya de pedirme algún favor de más importancia, pues le complacería con la mejor voluntad.

Entre Clennam y este excéntrico personaje habíase establecido una buena inteligencia, que luego se convirtió en verdadera simpatía, desde aquella noche en que Pancks saltó por encima del señor Rugg en el patio de la prisión. El memorable día en que Dórrit y su familia salieron de la prisión, Pancks y Clennam siguieron el coche con la vista, retirándose después juntos; y cuando la niña Dórrit escribió su pri-

mera carta, nadie había escuchado la lectura con tanto interés como el agente. En fin, por mil pequeñeces al parecer insignificantes, Clennam llegó á comprender que Pancks comenzaba á profesarle una amistad verdadera.

—Ahora estoy solo—dijo Arturo,—pues mi socio ha emprendido un viaje para arreglar varios asuntos de su especialidad, y por lo tanto, amigo Pancks, podrá usted estar á sus anchas.

—Gracias—repuso el agente;—pero hablemos de otra cosa. ¿No ha observado usted á Juan Bautista?

—No. ¿Por qué?

—Es un hombre de muy buen humor, y á quien aprecio mucho; mas hoy debe haberle sucedido algo que le ha perturbado. ¿Sabe usted qué puede ser?

—Lo ignoro completamente, y me sorprende lo que usted dice.

Pancks explicó por qué hacía la pregunta; y Arturo, muy admirado, dijo que no podía sospechar cuál fuese la causa.

—Me parece—dijo Pancks,—que no estaría de más interrogarle, puesto que, como extranjero que es, no conoce usted sus antecedentes.

—¿Qué le preguntaré?

—Solamente lo necesario para explicar la causa de su conducta.

—Ante todo, será preciso asegurarme de si tiene alguna razón para estar inquieto—repuso Clennam.—He observado que es un hombre laborioso, muy agradecido por el más mínimo favor; y tan digno de confianza, que no quiero darle á entender que me inspira sospechas, lo cual sería injusto.

—Es verdad; pero, dicho sea de paso, me parece que usted no debería ser el amo de nadie, señor Clennam, porque tiene usted demasiada delicadeza.

—En cuanto á eso—contestó Clennam sonriendo,—disto mucho de ser el amo de Cavalletto. El pobre hombre gana para vivir con sus figurillas de talla; tiene las llaves de la fábrica y duerme en ella tres veces á la semana, siendo en cierto modo su guardián. A decir verdad, soy más bien su guía que su amo; y si dijera á usted que soy su consejero íntimo y su banquero, aun me acercaría más á la verdad... Pero, á propósito de banquero, ¿no le parece á usted extraño, amigo Pancks, que esas aventuradas especulaciones de que todo el mundo habla, hayan preocupado también al pobre Cavalletto?

—¿Especulaciones aventuradas?—repitió Pancks.—¿Qué especulaciones?

—Las del señor Merdle.

—¡Ah! ¿se refiere usted á la colocación de cantidades? No pensaba en ello.

La viveza con que Pancks contestó, llamó la atención de Clennam, á quien pareció que el agente no decía todo lo que pensaba; pero como Pancks apretara el paso, su interlocutor no quiso preguntarle más, y pronto llegaron á la casa.

La comida, compuesta de una buena sopa, un pastel de carne y una botella de excelente vino, pareció satisfacer completamente al activo Pancks; y cuando Clennam fué á tomar su pipa oriental, ofreciendo otra semejante á su compañero, éste se mostró en extremo complacido.

Después de fumar un rato en silencio, Pancks fué el primero en romperlo.

—Me hablaba usted antes de colocación de fondos—dijo el agente,—añadiendo que era extraño que Cavalletto se preocupara de este asunto. Estas son sus palabras.

—Efectivamente.

—¡Bueno! Y si yo le dijese á usted que todos los inquilinos del Corazón Sangriento se preocupan de lo mismo, y que los días que voy á cobrar los alquileres siempre me hablan del señor Merdle, bien paguen ó no, ¿qué me contestaría usted?

—Que es muy extraño que ese frenesí se apodere de todo el mundo.

—¿Le parece á usted extraño por el hecho de que esa gente no comprenda nada?

—Precisamente.

—En efecto—repuso Pancks,—no conocen el valor de una cifra, ni tienen tampoco la menor idea de lo que es el crédito; jamás han hecho un cálculo ni entienden nada de negocios.

—A no ser así...—comenzó á decir Arturo.

—Veamos, veamos—interrumpió Pancks.

—A no ser esto—prosiguió Clennam, algo confuso,—no habrían cometido la necedad de dejarse llevar de ese frenesí.

—¡Cómo, señor Clennam!—exclamó Pancks, que parecía muy deseoso de tocar este punto,—¿lo cree usted así? Pues yo le digo que tienen razón; ellos ignoran por qué, pero hacen lo que deben sin saberlo.

—¿Quiere usted decir—replicó Clennam,—que aprueba su

deseo de especular con el señor Merdle, como quisiera Cavalletto?

—Pre...cisa...mente—repuso Pancks;—yo he examinado el negocio, y después de hacer los cálculos, saco en limpio que es sólido y seguro.

Al decir esto, Pancks dejó escapar una bocanada de humo con toda la fuerza que le permitían sus pulmones, fijando en Clennam una mirada penetrante.

En aquel momento, Pancks comenzaba á contagiarse á Clennam la enfermedad que aparentemente se había apoderado ya de él: nada más sutil que la manera de propagarse estas epidemias.

—Supongo que no querrá usted decir, amigo Pancks—repuso Clennam,—que usted aventuraría sus mil libras esterlinas en empresas de tal género.

—Ciertamente que sí—replicó el agente,—y la prueba es que ya lo hice.

Pancks lanzó al aire otra columna de humo, dirigiendo á Clennam una mirada tan penetrante como la anterior, y añadió después de una pausa:

—Le repito á usted, señor Clennam, que me he embarcado en el negocio, porque ese señor Merdle es un hombre de asombrosa habilidad; cuenta con un capital enorme y el apoyo del gobierno; á mí me parece que en ninguna parte se podría colocar tan bien el dinero, y que la garantía es tan segura como la renta.

—Le confieso á usted—replicó Arturo,—que extraño oírle hablar así.

—¡Bah! no diga usted eso; más bien debería usted imitarme. ¿Por qué no lo ha de hacer?

—¿Y usted ha colocado ya sus mil libras?—preguntó Clennam.

—¡Ya lo creo! Lo que siento es no haber podido colocar dos mil.

Clennam estaba muy preocupado aquella noche, no sólo por el tiempo que perdía para obtener el privilegio de su socio en el ministerio de Circunlocuciones, sino por lo que había visto y oído en casa de su madre; de modo que dejando á un lado al señor Merdle y sus especulaciones, mudó de conversación para hablar sobre aquellos puntos, pues sabía que podía fiarse de Pancks; pero esto precisamente le condujo muy pronto al punto de partida.

—No puede usted imaginar—dijo al agente después de ex-

plicarle las molestias y los perjuicios que se le causaban en el ministerio de Circunlocuciones, sin haber obtenido hasta entonces nada,—lo disgustado que está Doyce con este asunto.

—Bien lo creo—repuso Pancks;—pero, ¿no es usted el gerente?

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que si no es usted quien coloca los fondos.

—Sí, y procuro hacerlo del modo más conveniente.

—Pues hágalo usted mejor aún, recompensando al señor Doyce por sus trabajos y decepciones con la participación en las ventajas del momento. El como obrero paciente y preocupado, no pensaría en aprovechar la oportunidad, pues cuenta con usted para ello.

—Repito que procuro administrar lo mejor posible, amigo mío—replicó Clennam algo confuso.—En cuanto á examinar á fondo esas nuevas empresas, de que no tengo experiencia alguna, dudo que yo fuera capaz de semejante tarea. Ya me hago viejo.

—¡Viejo!—repitió Pancks con una sonrisa tan franca que no se debía dudar de la sinceridad de sus palabras.—¡Vamos, no diga usted eso!

—Viejo ó joven, ó de edad madura—repuso Clennam con la intención evidente de dar por terminado el punto de que se trataba;—el caso es que no por eso está mi espíritu menos inquieto y acosado de dudas, como si creyera que no me pertenece en realidad nada de lo que parece pertenecerme. Quiere usted que le confíe un gran secreto?

—Confíemelo usted, si me cree digno de ello.

—Tal le creo.

—Razón tiene usted.

La respuesta lacónica del agente y el ademán que la acompañó, al ofrecer á Clennam su mano de carbonero, bastaban para convencer á Arturo, que estrechó cordialmente la diestra de Pancks.

Entonces, modificando el carácter de sus antiguos temores en cuanto le fué posible, sin exponerse á que no le comprendieran, pero sin nombrar nunca á su madre, y refiriéndose sólo á un parentesco supuesto, dió á Panckc una vaga idea de las inquietudes que le mortificaban y de la entrevista á que había asistido. El agente escuchó este relato con tanto interés, que, insensible á los encantos de la pipa oriental, acabó por ponerla junto á las cenizas de la chimenea para poder ahuecarse á su gusto el cabello, el cual estaba tan erizado al

terminar la historia, que el buen Pancks parecía un Hamlet moderno ante el fantasma paternal.

—Esto me conduce otra vez—dijo el agente tocando la rodilla de su interlocutor tan de improviso que éste se estremeció,—al asunto de la colocación de fondos. Yo no diré nada sobre su intención de empobrecerse para reparar un mal que no ha hecho; en esto le reconozco á usted, pero no se puede obligar á un hombre á proceder contra sus principios. Sin embargo, yo le daría á usted un consejo: para el caso de que pueda usted necesitar dinero á fin de librar á los suyos de la ignominia y de la deshonra, acumule desde luego todo lo posible.

Arturo movió la cabeza, mirando á su interlocutor, pensativo.

—Enriquézcase usted todo lo posible honradamente—prosiguió Pancks;—tal es su deber, no por egoísmo, sino acordándose de los otros; coja usted la ocasión por los cabellos, ahora que puedo hacerlo. Ese pobre Doyce (él sí que comienza á envejecer,) cuenta con su socio, y lo mismo hacen los parientes de usted, sin que sepamos qué podrán pedirle.

—¡Vamos, vamos!—contestó Arturo,—me parece que ya basta por esta noche.

—Una palabra todavía, señor Clennam, y daremos este punto por concluído, para no hablar más del asunto. ¿Por qué confiar los ahorros á los bribones é impostores? ¿Por qué dejar beneficios en manos de mi propietario y de los que se le asemejan? Esto es lo que hace usted todos los días, y cuando digo usted, me refiero á todos los que se le parecen. No puede usted negar el hecho, porque lo estoy observando diariamente, puesto que mi oficio es ver todas estas cosas. En su consecuencia, le aconsejo á usted que tome un billete para ganar el gran premio.

—Sí; pero, ¿y si tomara un billete para «perder?»

—Imposible, señor Clennam; he profundizado la cosa: un nombre acreditado... una habilidad increíble... capitales inmensos... una alta posición... relaciones con lo mejor de la sociedad... y por último el apoyo del gobierno. ¡Es imposible perder!

Después de hacer esta exposición de hechos, Pancks se calmó poco á poco, retiró su pipa de la chimenea, llenóla de nuevo y fumó. La conversación se prolongó aun algún tiempo sobre otros asuntos; y ya era media noche cuando Pancks se despidió de Clennam, dándole á entender que podría contar

con él para cualquier cosa respecto á todo lo que acababan de hablar.

Al día siguiente, Clennam volvió á pensar á intervalos en el uso que había hecho Pancks de sus mil libras esterlinas, y en las empresas que aseguraba haber «profundizado.» Recordó que el agente manifestaba la mayor confianza en este asunto, él, que por lo regular pecaba de receloso; pensó en el gran ministerio de Circunlocuciones, y en el gran placer que le causaría mejorar la posición de Doyce; pensó en la sombría y amenazadora morada donde vivió cuando niño y en las sombras que se acumulaban allí, más lúgubres que nunca; observó de nuevo que donde quiera que fuese, oía pronunciar el famoso nombre de Merdle, que ya no podía olvidar ni aun en su despacho; y comenzó á parecerle extraño que nadie, excepto él, pareciese desconfiar del gran capitalista. En rigor, no podía decir tampoco que él desconfiara ó hubiese desconfiado nunca; habíase limitado sólo á no dejarse llevar de la corriente.

Cuando una epidemia del género de la que hablamos recorre las calles, semejantes síntomas anuncian casi siempre que se ha contraído la enfermedad.



#### CAPITULO XIV

##### Consulta

Cuando los anglo-sajones reunidos en las orillas del amarillento Tíber supieron que su inteligente compatriota, el joven Sparkler, acababa de ser nombrado lord del ministerio de Circunlocuciones, la noticia no hizo más efecto del que pudiera producir cualquier otro de los mil incidentes de que dan cuenta los periódicos. Los unos se rieron; los otros alegaron como circunstancia atenuante que el destino era una verdadera canonjía, y que el primer advenedizo podía desempeñarle, por poco que supiera afirmar su nombre; los que se preciaban de oráculos políticos, declararon que lord Decimus tenía mucha razón en buscar refuerzos, y que al otorgar los destinos de que podía disponer, proponíase sólo un objeto cons-